

garle con vivas ansias que nos la hiciese vencer por su amor hácia nosotros, muy pronto quedaríamos abrasados. El lo quiere, pero nosotros no lo queremos; y mientras persistamos obstinados en no quererlo, sus mas ardorosos deseos serán inútiles, porque nadie ama sino queriendo amar. Y lo repetimos, no queremos amar á Dios, porque queremos amarnos á nosotros mismos.

Y sin necesidad de elevarnos hasta el cielo con las alas de la fe, contemplémosle en el santo tabernáculo, en donde reside y residirá hasta el fin de los siglos. ¿Para qué está allí sino para comunicarnos aquel amor en que arde él mismo hácia su Padre? ¿A qué fin se nos da en la eucaristía, sino para hacernos vivir como él de amor? *El que come mi carne, dice, y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él.* ¿Puede acaso Jesucristo vivir en nosotros sin encender en nuestro corazón el fuego de que se siente abrasado? Y ¿podemos vivir nosotros en él, sin una continua vigilancia en conservar y aumentar el fuego que él ha encendido? ¡Ah! si cada vez que nos acercamos á la santa mesa le dijéramos: Señor, acordaos del objeto que os hizo venir al mundo y que en él os retiene: á vos me presento para recibir el fuego sagrado que habeis traído del cielo. Este fuego sois vos mismo, es vuestra adorable persona. *Dios es caridad*, vuestro apóstol lo ha dicho; *Dios es un fuego que consume*, lo dijo Moisés. Y recibiendo á vos, no es una chispa de este fuego, sino este fuego todo entero lo que yo recibo. ¿Quién impide, pues, oh Salvador mio, de que en él me consuma? Vos lo deseais, yo lo deseo tambien; y si vos y yo lo deseamos, nadie puede detener el efecto de este divino fuego. Mas para usar sinceramente de semejante lenguaje con Jesucristo, preciso es tener horror al amor propio y estar resuelto á perseguirlo hasta su total destruccion.

Si el objeto de nuestras visitas al Santísimo Sacramento fuese reanimar nuestro fervor junto á Jesucristo, exponer nuestra alma á los rayos abrasadores que parten de aquel sol de amor, dejándola penetrar por ellos, sentiríamos los afectos á veces sen-

sibles y siempre reales, que nos trasformarian en otros tantos serafines. ¿Son menester libros, ni actos, ni métodos para acercarse al fuego y calentarse en él? Abandonémonos solamente á su accion, pongámonos lo mas cerca de él que podamos, descansemos allí tranquilos, y él obrará en nosotros con tanta mayor fuerza, cuanto menos nos agitáremos. Mas el amor propio viene tambien aquí á oponerse á las intenciones de Jesucristo. No para él sino para nosotros le visitamos; muchas veces le llevamos un corazón pegado á las criaturas; un corazón inmortificado y sensible á frioleras; un corazón soberbio, desdeñoso, despreciador, lleno de envidia y de hiel contra el prójimo; un corazón ligero, disipado, incapaz de recogimiento; un corazón agitado, turbado con mil cuidados y con mil proyectos; un corazón vacío de la presencia de Dios, que no sabe lo que es oracion y que teme probarlo; un corazón, en fin, todo lleno de sí, todo ocupado en sí, y que cuando mas, quiere conciliar el amor de Dios con el amor propio. En estas visitas no buscamos sino dulzuras y consuelos de que podamos satisfacernos; no es el esposo sino sus caricias lo que nos atrae. Nada menos pedimos que el gozar de lo mas tierno, de lo mas afectuoso, de lo mas deleitable que tiene el amor; mas no queremos lo que tiene de fuerte, de doloroso, de acerbo. Como si la propiedad del fuego, cuando se fija en un cuerpo, no fuese el dividirlo, penetrándolo, el devorarlo y trasformarle en sí, destruyendo su primera forma.

CAPITULO XLVIII.

JESUCRISTO ADORADOR EN ESPÍRITU Y EN VERDAD.

Dios no podia ser dignamente adorado sino por un Hombre Dios. El homenaje que merece es infinito, y ninguna criatura, por pura que sea, se halla en estado de tributarle semejante homenaje; pues no puede darle un valor superior á lo que es

El Interior 30

ella en sí misma. Verdad es que el homenaje debido á Dios es menester que le sea prestado por una naturaleza inferior á la suya, porque es un homenaje que afecta todo el ser, y por medio del cual se reconoce haberlo recibido de él, y deber consagrarlo enteramente á su servicio. Mas para ser digno de Dios es necesario que sea infinito como él, y de consiguiente que le sea tributado por una persona igual á él. Esto es lo que hizo Jesucristo, cuya persona divina adoraba á su Padre, reconociendo que de él habia recibido la naturaleza humana á la que estaba unida, y consagrándola á su gloria.

En este sentido, Jesucristo es el único adorador; y es esta tanta verdad, como que Dios no agradece nuestro homenaje, ni tiene valor alguno á sus ojos, sino en cuanto está comprendido en el de su Hijo, y le está inseparablemente unido. Porque Jesucristo hombre nos representaba á todos; adoraba á Dios en su nombre y en el nuestro; y si no le estamos incorporados, si no le pertenecemos como miembros á su cabeza, si no recibimos de él la influencia sobrenatural, si en fin no adoramos á Dios en él y por él, no nos es aceptada nuestra adoracion, ni nos sirve de mérito alguno para nuestra salud. Esta verdad, otro de los principios de nuestra fe, nos hace concebir cuán necesaria es para nosotros la union con Jesucristo, y cuánto nos interesa estrechar esta union por todos los medios posibles.

Y ya que la adoracion de Jesucristo ha sido la única perfecta, y que la nuestra no lo es sino en cuanto se aproxima á ella, nos importa en extremo considerar cuáles fueron las calidades de la suya, á fin de expresarlas fielmente en la nuestra.

Jesucristo fué un adorador en espíritu; esto es, su adoracion fué interior, fundada en el conocimiento que tenia de lo que es Dios, de lo que era él, y de lo que como hombre le debia. Es decir, que en él se unia el corazon al espíritu para someterse á Dios, con toda la fuerza de su voluntad, al mismo tiempo que reconocia el deber de estarle sumiso. Esto es lo que se entiende por adorar en espíritu, es decir, del fondo del alma, y con toda

la extension de sus fuerzas. *Dios es espíritu*, y así la adoracion que se le da debe ser espiritual. El judío le inmataba víctimas, y con esto creia haber cumplido con su deber. Pero Dios declara en varios pasajes de la Escritura que estos sacrificios, puramente exteriores, no le daban honor, que los desechaba y aborrecia; y que *tan solo era glorificado por el sacrificio de alabanza* que le ofrece el corazon. Y ¿no pudiera hacer el mismo cargo á la mayor parte de los cristianos, que en nada faltan al culto exterior, que adoran á Dios de boca y por la postura de su cuerpo, pero que ni aun saben en qué consiste adorarle en espíritu? El homenaje exterior nada significa por sí solo, y no dará otro á Dios el hombre que no sea interior. El espíritu puede adorar por sus actos íntimos, sin palabras ni demostraciones; y esta es propiamente la adoracion que conviene á Dios, espíritu puro, que penetra en nuestros mas secretos pensamientos, en lo mas profundo de nuestros sentimientos. Las demostraciones y las palabras que sirven para imponer á los hombres no imponen á Dios; el cual no se paga de ellas solas, y atiende únicamente al espíritu que las anima y las dicta. A cada uno de nosotros toca examinarse acerca de este punto, y ver qué parte tiene su espíritu en el tributo de oraciones que cada dia ofrece á Dios: si era la lengua, ó á lo mas la imaginacion; ó si es el corazon quien lo desempeña.

Jesucristo fué un adorador *en verdad*. No se limitó á puros sentimientos, pasó á los efectos; consintió en que su Padre ejerciese su libre y pleno dominio sobre él; se prestó á todas sus voluntades, y las cumplió. Toda su vida no fué otra cosa que una inmolation continua de su ser á la majestad divina. Olvidándose á sí mismo, solo se dedicó á *santificar el nombre* de su Padre, á fin de *establecer su reino*; no se denegó á trabajo alguno, ni á la menor humillacion; dió el ejemplo de una perfecta obediencia. Su única regla fué la *voluntad* de su Padre; y la *ejecutó* mas fielmente y con mas amor *sobre la tierra*, de lo que se ejecuta en *el cielo*.

Tal es la verdadera y efectiva adoracion que Dios espera de nosotros. Las protestas de sacrificio que sin cesar le hacemos no son sino una ilusion, si no las reducimos á la práctica; si en todo no le dejamos disponer de nosotros mismos, y si porque nos dió la libertad pretendemos tener un derecho en gobernar-nos á nuestro capricho en todo lo que nos parece indiferente. Ninguna de nuestras acciones debemos sustraer del dominio de Dios. Es menester que le adoremos por nuestro género de vida, por nuestra situacion, por nuestra ocupacion actual y que en todo esto seamos dependientes de su voluntad y sometidos á su beneplácito. Si hay en nuestra vida un solo instante, un solo pensamiento, un solo proyecto, un solo paso en que no consultemos sino á nosotros mismos, en que no obremos sino por nosotros mismos, en que no atendamos sino á nosotros mismos, vamos contra el primer deber de adorarle *en verdad*, que debe extenderse á todas nuestras intenciones y á todas nuestras acciones. Así lo comprendia Jesucristo; y no hago sino expresar sus sentimientos. Así lo comprendia tambien san Pablo cuando decia: *Ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios.* (Corint., X, 31.) Obrar por la gloria de Dios es adorarle en verdad. Esta adoracion, pues, abraza las acciones mas comunes, hasta las que tienen por objeto las necesidades corporales; y á ella se falta cuando no se propone en tales acciones la gloria de Dios.

¶ No es esto todo. La Providencia, sea natural, sea sobrenatural, es propiamente el ejercicio del dominio de Dios sobre nosotros; y no podemos adorarle *en verdad* sino por medio de nuestra sumision á este dominio. Mas atended, os suplico, todo lo que abraza. La Providencia natural se declara por todos los acontecimientos generales ó particulares, por todos los accidentes de la vida en los cuales nos interesamos algun tanto, por todas las situaciones de salud, de enfermedad, de riqueza ó de indigencia, de prosperidad ó de adversidad en que nos hallamos. En estas diversas circunstancias que cada dia acontecen, debemos

adorar á Dios, aceptando y haciendo buen uso de los bienes y de los males que de su mano nos vienen. Toda queja involuntaria, toda murmuracion, toda repugnancia interior con motivo de las penas que nos sobrevienen; toda falta de reconocimiento, todo sentimiento puramente humano ó immoderado, todo abuso de lo que nos sucede feliz ó conforme á nuestros deseos, es una disposicion mas ó menos contraria á la adoracion *en verdad*; porque Dios en estos casos no es honrado como debe serlo, y aun queda ofendido.

La Providencia sobrenatural, empero, se extiende mucho mas. Dios pretende ejercer sobre nuestra voluntad un dominio libre, por la entrega absoluta é irrevocable de nosotros mismos. Quiere que nos pongamos en todo bajo la dependencia de su gracia, que no obremos sino por sus impulsos, por los motivos que ella nos sugiera y para el fin inmenso para el cual somos criados: la gloria de Dios y nuestra felicidad. Para adorar, pues, á Dios en espíritu y en verdad, es preciso que estemos enteramente desasidos de los objetos terrenos, elevados siempre con el pensamiento y con el afecto á las cosas del cielo; que miremos con ojos sobrenaturales y con relacion á la eternidad todo cuanto acá nos acontece; que renunciemos á nosotros mismos, á nuestro propio espíritu, á la propia voluntad, para no vivir sino del espíritu y de la voluntad de Dios; que nos propongamos, en fin, á Jesucristo por modelo, sin tener otro deseo ni objeto que imitarle en sus sentimientos y en su conducta.

Cada dia, y muchas veces al dia, recitamos las palabras de la oracion que nos enseñó el mismo Señor: *Santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* ¿Hemos penetrado alguna vez el sentido de estas tres peticiones? ¿Hemos reflexionado que ellas comprenden la mas perfecta adoracion *en espíritu y en verdad*? Si de todo corazón deseamos que el nombre de Dios sea santificado, es decir, glorificado ante todo por nosotros mismos, por aquellos que bajo cualquier titulo dependen de nosotros, ó que nos están uni-

dos; despues por todos los cristianos, en fin por todo el género humano, que no existe sino para glorificar á Dios; que sea asimismo de cada uno glorificado tanto como puede y quiere serlo en el tiempo y en la eternidad, entonces le adoramos *en espíritu*, como Jesucristo se propuso que le adorásemos al dictarnos esta oracion. Si por todos los medios que están en nuestro poder, por el buen uso de todas las gracias generales y particulares que hemos recibido y recibimos continuamente de Dios, hacemos de manera en todo el decurso de nuestra vida, en todas las ocasiones que se presentan, que el nombre de Dios sea santificado por nosotros y por lo demas, entonces le adoramos en *verdad*.

Lo mismo practicamos, si deseamos que reine acá en la tierra por su gracia, ante todo en nuestro corazon y despues en el de los demas, haciendo que reine en el nuestro por nuestra docilidad y por nuestra fidelidad á sus inspiraciones, destruyendo en nosotros con su auxilio todo cuanto se oponga á su imperio, conduciendo á los demas por nuestra autoridad, por nuestras exhortaciones, por nuestro ejemplo á hacer otro tanto, ofreciendo con frecuencia á Dios nuestras oraciones para este objeto, entonces le adoraremos en *espíritu* y en *verdad*.

Tambien es adorarle así el desear sinceramente que su voluntad se cumpla en la tierra con tanta perfeccion como se cumple en el cielo; el procurar cuidadosamente que del mismo modo la cumplamos nosotros, sin descuidar nada de lo que pueda impeler á los demas en cumplirla, segun el grado de obligacion que en ello tengamos.

Hé aquí, pues, cómo con tres breves frases comprendió Jesucristo la adoracion interior y exterior que á Dios debemos: solo nos resta penetrar sus sentimientos en toda su extension, y tomarlos en seguida por regla de nuestra conducta. De este modo nuestra oracion merecerá ser unida á la de Jesucristo, el cual la ofrecerá á su Padre junto con la suya, y se la volverá agradable por los méritos infinitos de la suya.

CAPITULO XLIX.

JESUCRISTO NADA SE APROPIÓ Á SÍ MISMO.

Así como todo bien viene de Dios, todo bien ha de volver á Dios. La criatura nada tiene de su fondo; nada, pues, puede apropiarse. Si no devuelve á Dios lo que de él ha recibido, si se lo retiene y lo considera como suyo, es una injusticia manifiesta, es un robo de que se hace culpable, y digna de que Dios la despoje de los bienes que ella sin razon se atribuye. Claros son estos principios, y nos dan una idea exacta, así de la apropiacion como de su desórden.

Jesucristo es entre todos los hombres el que sin comparacion fué de Dios mas favorecido. En él se acumularon todos los bienes sobrenaturales. La union hipostática los comprende y sobrepuja á todos. Mas de todos los hombres fué tambien Jesucristo el mas desapropiado. El no cesó de retornar á su origen todos los tesoros de ciencia y de sabiduría, el conjunto de prendas divinas que habia en él, sin nunca atribuirse la menor cosa, ni nada retener para sí, ni dar sobre sus eminentes calidades una sola mirada de satisfaccion. Así es como fué á un mismo tiempo el mas rico y el mas pobre de los hombres en punto de tesoros espirituales: el mas rico, porque Dios mismo no podia enriquecerle mas; el mas pobre, porque no perteneciéndole nada de lo que poseia, no podia en manera alguna mirarlo como suyo. Y ¿cómo lo hubiera pedido, si segun nos enseña la fe ni aun habia en él el *yo* humano? Mas lo que no podia, lo queria aun menos, si podemos así hablar. Su voluntad repugnaba con toda su fuerza á defraudar lo mas mínimo á su Padre, para atribuírselo á sí; y no hizo otro uso de su libertad sino el de restituirle enteramente todo lo que de él habia recibido. Su despropio llegó á un punto para nosotros inconcebible.

Oigámosle hablar á él mismo: *Mi doctrina*, dice, *no es mia, sino de aquel que me ha enviado*. (Joan., VII, 16.) Como hombre lo sabia todo; pero no habiendo aprendido nada por sí mismo, ni debiendo cosa alguna á la lectura ni á la meditacion, no habiendo adquirido nada por medio del estudio y por la experiencia, no podia dudar que de su Padre habia recibido todo cuanto sabia, y que de consiguiente lo que enseñaba no era en sentido alguno doctrina suya, sino de su Padre. Cuando dijo *mi doctrina*, no lo dijo porque se la atribuyese, pues añade á continuacion *que no es suya*; sino que quiso decir la doctrina que yo enseñé. San Agustin explica este pasaje del mismo Verbo, el cual, siendo engendrado del Padre, todo lo recibió de él, la doctrina y lo demas. Esta explicacion es verdadera sin duda; pero es mas natural entender que Jesucristo habla en este lugar como hombre, y que declara que quien le ha enviado, le pone lo que enseña en el pensamiento y en la boca. *Yo hablo*, dice en otra parte, *lo que mi Padre me ha enseñado*. (Joan., VIII, 28.) Y ademas: *las cosas que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho*. (Joan., XII, 50.) En este pasaje y en todos los demas no quiere que los judíos vean en él al hombre, ni que se limiten á contemplarle como hombre, para admirarle como si de sí mismo dijese tan grandes cosas; eleva mas alto sus espíritus, haciéndoles remontar á su Padre, como el origen de los discursos que escuchaban de su boca.

Ni tampoco se atribuye los milagros, á los cuales no llama obras suyas, sino *las obras de su Padre, las obras que su Padre le ha dado á hacer*. (Joan., X, 37.) No obstante, como hombre unido á la persona del Verbo, en él residia el poder de hacer milagros y no tenia necesidad de invocar á su Padre para que este los obrase á su ruego; no necesitaba mas que querer, como lo dijo al leproso: *Quiero, queda limpio de tu lepra*. (Matth., VIII, 3.) Mas como este poder era una consecuencia de la union hipostática, y como por esta union la humanidad quedaba moralmente anonadada, no queria ni podia atribuirse en cuanto

hombre los milagros ni la doctrina, retornando á su Padre no solo la gloria de uno y otro, sino tambien su eficacia. Dijo en fin, que *nada hacia por sí mismo*. (Joan., VIII, 28.) Quien hace semejante confesion, no diciendo lo contrario de lo que piensa, no tiene cuidado de atribuirse la menor cosa.

¡Cuán distantes estamos de asemejarnos en este punto á Jesucristo! Y ¡cuánto le costará á la mas encumbrada virtud si quiera el aproximársele! Todo lo recibimos de Dios, así en el órden de la naturaleza como en el de la gracia, y todo nos lo apropiamos: nuestras calidades del pensamiento y del corazon, nuestros talentos, nuestra ciencia, nuestras virtudes, de todo, hasta de las prendas del cuerpo nos vanagloriamos, como de un bien que es nuestro. Dios nada nos ha dado para nosotros, ni aún la existencia: *Todo lo hizo para sí mismo*, dice la Escritura, y exige que todo le sea devuelto. Mas se halla tan arraigado en nosotros el espíritu de propiedad, que el primer sentimiento que nace en nuestra alma es el de mirarnos como dueños de lo que no poseemos sino prestado, creyendo desprendernos de nuestro bien cuando le ofrecemos á Dios en homenaje, y llamando á esto un sacrificio, cuando no es mas que una restitucion. Así que, nos cuesta muchísimo, por mas que lo reflexionemos, el reconocer que todo cuanto hay en nosotros y para nuestro uso pertenece á Dios; que debemos desprendernos de ello, cuando él tiene por conveniente el recobrarlo, ó quiere que lo renunciemos, ya sea por afecto, ya sea realmente. Entonces parece que se nos arranca parte de nosotros mismos, y hemos de violentarnos para no acusar á Dios de injusticia ó de tiranía. De ahí aquella extremada sensibilidad en la pérdida de nuestros bienes, de nuestra salud, de personas que nos son queridas; de ahí aquella pena inexplicable que tenemos para resolvernos á morir. Nuestras quejas, nuestros pesares, nuestras lágrimas dimanán del espíritu de propiedad. Cuesta infinito, aún á las personas mas virtuosas, el decir entonces como Job: *El Señor me lo dió, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es*

de su agrado, bendito sea su santo nombre. (Job, I, 21.) De ahí aquella admiración de las personas del mundo cuando alguno renuncia una fortuna brillante y las mas bellas esperanzas del siglo para abrazar el estado religioso. ¡Qué sacrificio! exclaman, ¡qué valor! ¡qué generosidad! Y la persona misma cree en efecto haber dado mucho á Dios, concediéndole lo que su gracia mucho tiempo há le pedia. Sin embargo nada suyo tenia esta persona, y si bien se observa, nada tenia que dar; y es una pura bondad de Dios el abonarle una deuda que le habia dado para devolvérsela siempre que él quisiese, siendo el árbitro de quitársela sin que le quedase á ella motivo de queja. De aquí aquella increíble delicadeza acerca de la honra, de la reputación, que apreciamos sobre todos los demas bienes y en lo cual creemos tener derechos inviolables. Quitad el espíritu de propiedad, y cesaremos de mirar la honra como nuestra; consentiremos de buen grado en que Dios disponga de ella y nos tranquilizaremos al perderla, no considerando en ella sino nuestro interes, que será nulo para nosotros. De ahí, en fin, para no extenderme mas en este punto, aquella complacencia en los elogios que se nos tributan, y que recibimos como una justicia que se nos hace, como un tributo que nos es debido. Supongo que sean fundadas estas alabanzas; mas ¿se detendrian en nosotros, y dejaríamos de mirarnos obligados á referirlas á Dios, si no fuese esa desdichada propension á apropiarnos todo el bien que hay en nosotros y en nuestras acciones?

Renunciar á esta propiedad es sin disputa lo mas sublime y difícil de la perfección. Sacrificar en todas las cosas el espíritu propio, la propia voluntad, el amor propio, es despojarse de lo mas íntimo que tenemos, y sola una gracia especial secundada por un valor extraordinario puede hacernos capaces de este sacrificio. A este punto no se llega sino por grados, despues de muchas pruebas y de los mas violentos esfuerzos sobre sí mismo. No me sorprende esta dificultad: trátase nada menos que de arrancar ese *yo* humano, que es la imperfección radical de la

criatura. Cuando digo el *yo* es claro que entiendo hablar del *yo* moral; pero este *yo* moral está de tal modo confundido con el *yo* físico, que repugnamos á su destrucción tanto como á la destrucción de nuestro ser, y nos parece que el querer quitárnoslo es aniquilarnos.

Este es el motivo por el cual tan pocos cristianos comprenden lo que es el renunciarse á sí mismo, y cuánta la extensión de este deber; y los que lo comprenden hallan dura esta palabra de Jesucristo, por no decir impracticable. Hablad á un devoto aferrado á sus sentidos y gobernado por su carácter, de renunciar á su juicio, de despojarse de su propio espíritu para tomar el espíritu de Jesucristo: ó no os entenderá, ó vereis en él un hombre prevenido, intratable, que os rechazará á largo trecho, á vosotros y á vuestras reflexiones. ¿Por qué motivo, os dirá, he de renunciar á mis luces naturales? ¿No me dió Dios la razón para juzgar de todo, hasta de la moral cristiana y de las cosas espirituales? ¿No permite san Pablo á cualquiera, que abunde en su sentido? ¿Puedo acaso despojarme de mi carácter? ¿No tengo derecho para seguirle en todo lo que no es malo? Por mas que le digais empero, no mudará de propósito, ni conocerá la necesidad ni aún la posibilidad de mudar. Decid á esa devota que solo tiene una rutina de actos y de oraciones, y sin embargo es esclava de su amor propio, que en la oración no busca sino á sí misma, que se adhiera á la parte sensible; y que cuando percibe algun sentimiento de dulzura ó de enternecimiento, cuando ha derramado algunas lágrimas, cree amar mucho á Dios, y no hace sino amarse á sí misma, que por lo demas en nada se molesta ni se mortifica: decidle que la sólida y verdadera piedad es incompatible con el amor propio; que es necesario que se tenga á sí misma un santo odio: que su oración no será buena hasta que no busque en ella su propia satisfacción, sino únicamente agradar á Dios por el sacrificio de todo lo que puede lisonjear su amor propio. Por muchos que sean los medios y precauciones de que echeis mano, y por santa industria

que empleis para insinuaros en su espíritu, y hacerle gustar esta moral, no escuchará por mucho tiempo este lenguaje de muerte y de desapropio, y os dejará para buscar otro director, que la conduzca conforme á sus miras é inclinaciones.

Cuando atentamente se mira, fácil es conocer que en la devocion nos miramos casi siempre á nosotros mismos, y nos lo referimos todo, atribuyéndolo á nuestros esfuerzos, á nuestra fidelidad: nos apropiamos las virtudes, las victorias sobre nosotros alcanzadas, los dones de Dios y los favores que de él hemos recibido: consideramos todo esto como un mérito nuestro, como un bien propio. Y cuando Dios para elevarnos á un amor puro, á un servicio desinteresado permite que nos perdamos de vista, y nos reduce á la indigencia espiritual, á una aridez que nos horroriza, arrojamos gritos terribles, le acusamos de crueldad y sentimos infinito pesar de dejarnos despojar así.

Lo cierto es que sin ser interior no se tiene idea alguna del desapropio: ni se tiene tampoco al empezar la senda, cuando el amor propio se pega fuertemente á las dulzuras espirituales, y en cuyo tiempo sufre Dios esta adhesion por imperfecta que sea, porque entonces se hace como necesaria, atendida la extremada debilidad del alma. Pero á medida que esta cambia de estado, es decir, á medida que va adelantando, aprende á conocer y á practicar el desapropio; porque á cada nuevo estado va despojándose de lo que pertenecía al estado anterior; y si ella resistia á este despojo, no haria ningun progreso. Por lo cual se ve que no toca al alma el despojarse á sí misma por un desinterés mal entendido: á mas de que ella ignora en qué tiempo y hasta qué punto conviene hacerlo; y en vez de renunciar á la propiedad, no haria sino afirmarse mas en ella obrando por sí propia. Sino que es preciso aguarde que Dios la despoje, y que logre de ella un consentimiento, que siempre le cuesta el darle alguna pena. En una palabra, en el desapropio, el alma ha de permanecer pasiva, dejando únicamente obrar á Dios, y aquietándose á lo que pasa en su interior.

CAPITULO L.

JESUCRISTO NO SE GLORIFICÓ Á SÍ MISMO.

No hay duda que era debida toda gloria á la humanidad santa que el Verbo divino se habia dignado unir á su propia naturaleza; y la gloria exterior que le hubiera procurado era nada en comparacion de la que por esta union habia adquirido. Parecia, pues, muy justo que se hubiese dedicado á glorificarla en presencia de los hombres, con tanta mas razon en cuanto era incapaz de abusar de ella; antes al contrario, todo el esplendor que de la misma recibiera, reflejara enteramente en su persona. Tales son nuestras ideas: mas ¡cuánto difieren de los nuestros los pensamientos de Dios! Prefijado estaba el tiempo en que la naturaleza humana en Jesucristo debia ser soberanamente glorificada en el cielo y por toda la tierra. Pero antes de este tiempo, Jesucristo, que no habia descendido acá en el mundo sino para la gloria de su Padre, en vez de pensar en la suya, debia hacerle de ella un absoluto sacrificio, por el cual debia hacerse digno de que su Padre á su vez le glorificase. Así se hallaba dispuesto todo en los consejos del Eterno.

Nunca sus disposiciones soberanas fueron con mas amor y puntualidad cumplidas. No hallareis en toda la conducta de Jesucristo una sola palabra, un rasgo, un milagro solo que tuviese por objeto su propia gloria. La única expresion notable en esta parte es la súplica que hizo á su Padre inmediatamente antes de su pasion, *de glorificar á su Hijo, á fin de que su Hijo le glorifique; de darle la misma gloria de que estaba en posesion antes de la existencia del mundo.* (Joan., XVII, 1, 5.) Mas lo que aquí dice en presencia de sus apóstoles, es con la mira de fortificar su fe y de consolarles; es en el momento en que iba á pa-